

B O L E T I N
DE LA
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO XXXIII

CUADERNOS 3.º Y 4.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO — *San Sebastián*

DON EMILIO NAVAS

PRO CER DEL PERIODISMO BIDASOTARRA

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

El 19 de septiembre de 1977 tuvo lugar, en la Sala Consistorial del Ayuntamiento de Irún, la presentación de la Monografía, *Irún en el siglo XX*, escrita por don Emilio Navas. Con sus 86 años cumplidos ha conseguido dar a la estampa, sin regatear esfuerzos ni ilusiones, el primer tomo, de más de 500 páginas, de una trilogía sobre la vida social de Irún en lo que va de siglo, en sus más variados aspectos: política y administración, la vida religiosa, el mundillo social «antes y después de la «Belle Epoque», el ambiente deportivo y el del trabajo.

Se trata de una obra de incuestionable valor que alcanza desde comienzos de siglo hasta 1936 y todo permite presumir que los otros dos tomos, relacionados con los años consiguientes a la guerra civil y a los de la reconstrucción de la ciudad, no irán a la zaga en cuanto a documentación, ilustración e interés.

Para quien, como el señor Navas, se ha visto inserto durante muchos años en el discurrir de la vida humana a orillas del Bidasoa, ningún acontecer podía dejarle indiferente, y si en el momento oportuno supo consignar en la prensa los hechos más sobresalientes, ahora, en su magna obra, vuelve a rememorar, con sumo cuidado, lo que ha sido

el devenir de la vida irunesa, en sus más variadas facetas, a través de tres generaciones. Noble dedicación de un octogenario, joven de alma y corazón, que confirma plenamente lo que pudo decir el insigne doctor Marañón, a saber, que «lo último que envejece en el hombre es su mente cuando, sin desmayos, consigue alimentar en su alma sentimientos que implican con los demás auténtica comunicación».

El acto literario fue presidido por don Eduardo Auzmendi, alcalde en funciones de la ciudad de Irún, a quien acompañaban don Juan Ramón de Urquijo, director de la R.S.V. de los Amigos del País, don Nicolás Lasarte, alcalde que fue de San Sebastián y director de la Caja de Ahorros Municipal de la capital donostiarra, don Juan Antonio Garmendia, director gerente de la «Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones» y don Andrés Múgica, nieto del que fue ilustre cronista de Guipúzcoa, de muy feliz recordación, don Serapio Múgica.

Cerca de don Emilio, rodeado de esas personalidades y ante un público muy nutrido de iruneses, el autor de estas líneas tuvo el honor de hacer la presención de la obra de don Emilio Navas, resaltando sobre todo el alto grado de ejemplaridad que implica el tesón del ilustre cronista de nuestra ciudad, centrado en la norma inapelable que él mismo se impuso al redactar su valioso trabajo y queda patente en estas palabras suyas que se leen en el prólogo del libro: «Si, como se dice, la geografía influye en el carácter de los hombres, éstos, a su vez, moldean el de los pueblos. Por eso, cuando aludimos a las personas —en particular, a las que ejercieron cargos públicos— nos referimos al valor positivo de las mismas, omitiendo lo negativo que pudiera haber en ellas, y de lo cual, de alguna manera, nadie está libre por perfecto que se imagine».

AÑOS DE MOCEDAD

Nace don Emilio en 1890 en una vivienda situada a orillas de nuestro río cerca de Gaztañalde, entre Behobia y Endarlaza, en aquel ambiente sosegado anterior a la primera guerra europea. Es el momento en que Ondarribia y Ondarraitz adquieren auge como playas de verdadera distinción, mediante la edificación de hermosos chalets y hoteles de lujo, como el Euskalduna, de Hendaya, frecuentado a la sazón por la aristocracia española. La entonces villa de Irún crece y se extiende hacia la zona residencial de Mendivil, la estación del ferrocarril del Norte y la carretera de Fuenterrabía, siendo el Paseo de Colón la vía que une el casco antiguo con las nuevas calles que bor-

dean el suntuoso palacio de don Aquilino Rodríguez Balzola, edificado en terrenos que correspondían a las zonas rurales de Urzuzueta.

A principios de siglo, Irún era testigo del tránsito de personalidades europeas de gran relieve y nada se diga de personajes regios, sobre todo del joven monarca Alfonso XIII, quien, conduciendo él mismo su propio coche, acudía a Villa Mouriscot, de Biarritz, donde solía veranear Ena de Batenberg, futura reina Victoria Eugenia de España. A su vez, Eduardo VII de Inglaterra, en repetidas circunstancias, vino a San Sebastián y también a Fuenterrabía donde, en cierta ocasión, presencié el desfile de Viernes Santo, desde uno de los balcones de la Calle Mayor. Pero lo que al monarca inglés le interesaba era la variedad de platos que le ofrecían en el Hotel Palais, de San Sebastián, banquetes opíparos que hoy se nos antojarían excesivos en sumo grado...

Todavía Irún no tenía su puente internacional y el tránsito rodado se hacía por la vía París-Madrid a través del puente de Behobia. Las mercancías llegaban a la Aduana de Irún por el puente del ferrocarril. Con el auge creciente de la importación de artículos procedentes de Francia y otras naciones, las Agencias de Aduanas hubieron de multiplicarse, constituyendo la base económica de una clase media acomodada. La falta de proletariado en Irún se explica por ser considerada «zona fiscal» toda la frontera del Bidasoa; de ahí que el desarrollo industrial tuviera su punto de arranque en la villa de Rentería. Con todo, Irún conoció, antes de nuestra guerra, años de prosperidad y así vemos cómo una población que en 1900 no llegaba a los diez mil habitantes, veinticinco años después rebasaba los veinte mil, beneficiándose de un ambiente general de sana convivencia en que el respeto mutuo y la educación distaban mucho de ser una excepción.

En el orden cultural las tres villas de la desembocadura del Bidasoa se habían beneficiado del influjo bienhechor de unas cuantas personalidades. Ante todo, de la nobilísima actuación de M. Antoine d'Abbadie, señor del castillo de Aragoi y organizador de las «Euskal Festak» que se dieron desde el último tercio del siglo pasado en los más variados lugares de todo el País Vasco. Mientras él vivía, asistía personalmente con su esposa a todos los certámenes, y los galardonados recibían los premios en onzas de oro de su peculio particular, así como una «makilla» con empuñadura de plata. Por otra parte, la presencia de Pierre Loti en su casa de Txingudi, «Bakar-etxia», no podía dejar indiferentes a propios y extraños, gracias al éxito de su novela *Ramuntxo*, escrita con el fervor que despertaba en su alma de poeta,



Don Emilio Navas, Secretario del Excmo. Ayuntamiento de Irún.

nuestro paisaje, para él insuperable. Ya Iparraguirre, desde Hendaya, no pudo dejar de improvisar una de sus más bellas melodías: *Ara nun diran mendi maitiak*, que ningún auténtico euskaldun puede cantar u oír cantar, sin percibir por su cuenta la emoción que embargaba a nuestro bardo inmortal a su regreso a su tierra natal para dejar en ella sus huesos...

En Ondarribia, la acción sencilla pero tenaz de don Claudio Otaegui, «maestro de día, pero poeta a toda hora», tuvo el valor de un testimonio de precio a favor de la lengua vasca. Como es bien sabido, fue uno de los más calificados colaboradores de Luciano Bonaparte en sus investigaciones sobre lingüística euskara, y de su sobrino Francisco Grandmontagne Oataegui, cabe reconocer que, habiendo sido uno de los mejores prosistas de la generación del noventa y ocho, no por ello se sentía desarraigado de su raigambre euskaldun, ya que el libro suyo cuya lectura se impone con mayor emoción, *Los inmigrantes intrépidos*, va dedicado a la gran labor de penetración de los vascos en las pampas de La Argentina.

En Irún, la presencia de Regoyos, afincado en nuestro suelo y su noble amistad artística con José Salis, favorecía muy directamente la introducción del impresionismo en España. A su vez, Vázquez Díaz, ya en 1905, se dejó dominar por el embrujo de Fuenterrabía, mostrándole los característicos días de Vasconia, «esos días de sol entoldados que tamizan y derraman plata en sus grises por todas partes, inundando el paisaje de tanta poesía». Esa poesía supo sentirla en sumo grado Vicente Berrueta, joven pintor irunés, a quien los hados, con su muerte prematura, no le permitieron poder expresarla con el afán y el éxito que merecía.

En el ámbito musical, Irún no podía situarse al margen de cuanto en todo nuestro país siempre se ha dado con resultados sobresalientes. Ya, a principios de siglo la banda «Paz y Labor», dirigida por el maestro Regino Ariz y compuesta por 62 ejecutantes, conseguía el primer premio en el concurso celebrado en Bilbao, en septiembre de 1905. En el gran recibimiento que se le tributó en Irún, intervino la banda «Bidasoá» de Fuenterrabía, dirigida por Enrique Berrotarán, otorgando al acto un carácter de amplia fraternidad. Por otra parte, la «Sociedad Filarmónica Irunesa», promovida por el ilustre violinista César Figuerido y el organista y maestro de piano, D. Ramón Garmendia, conseguía organizar conciertos con una pequeña orquesta, en la cual intervenían ejecutantes de ambos sexos; tanto en el casino «La Amistad» como en el «Irún Club» amenizaban veladas y también bailes de sociedad de muy buen tono.

En los deportes la villa de Irún tenía nada menos que dos equipos de fútbol de primera categoría: el «Spórting» y el «Rácing Club», éste último campeón de España en 1913. De la fusión de los dos equipos en 1915 surgió el «Real Unión» que, en sus buenos tiempos, alcanzó tres veces el título de campeón de España. Para el juego de pelota se disponía de un frontón abierto y de un trinquete, donde la juventud se solazaba durante horas, al igual que en los colegios, cuyo entretenimiento único, durante los recreos, era el juego a mano. Para la cesta, el remonte o la pala, se recurría al frontón de Fuenterrabía, gracias a sus largas dimensiones.

El joven Emilio Navas, con su buena constitución física y su espíritu muy abierto, se hallaba en disposición de participar en cuantos alicientes le brindaba el ambiente de nuestras zonas del Bidasoa, tanto más cuanto que con el conocimiento de las tres lenguas, podía desenvolverse en ambas márgenes de nuestro río con igual soltura. Pero sabido es que en el porvenir de cada persona humana existe una «circunstancia» que le marca para toda la vida, y la que orientó el futuro del muchacho Navas fue la fundación en San Sebastián del diario «El Pueblo Vasco» por don Rafael Picavea, nativo de Oyarzun, pero muy estrechamente vinculado con Irún, por haber vivido toda su infancia en nuestro pueblo y haber sido la residencia de su padre, don Manuel y de sus dos hermanos.

Afincado en Fuenterrabía con su madre y su abuela desde su adolescencia, y huérfano de padre, la educación de Emilio se efectuó con miras a expatriarse a Méjico, donde un tío suyo era dueño de una estancia y en la cual quería que su sobrino irunés se empleara. Pero, cuando llegó el momento de la expatriación, ni la madre, ni la «amnatxo», ni el muchacho se decidieron a ello, y ya a los diez y seis años ingresó en el Ayuntamiento de Fuenterrabía como auxiliar administrativo. Fue el momento en que se decidió a ejercitar su pluma de periodista, enviando al diario de don Rafael, crónicas que se aceptaban y publicaban de muy buen grado.

Refiriéndose a esas primicias del joven periodista, en una de sus «Crónicas del Bidasoa» que fue insertando semanalmente en «El Diario Vasco», de San Sebastián, J. L. Seisdedos escribía lo siguiente: «Las informaciones que enviaba al periódico eran sobrias, equilibradas. Quien las escribía era un funcionario municipal, y, además, un muchacho prudente por naturaleza. No iban firmadas con el nombre del autor, porque éste, desde sus comienzos, consideró que la labor periodística debe ser anónima. Comenzó entonces a utilizar seudónimos, que se mantienen algún tiempo o que van cambiando según las

épocas. Sería curioso el realizar un catálogo de las docenas de seudónimos que ha ido utilizando Navas a lo largo de más de sesenta años de actividad periodística. Constituiría, sin duda, una de las mejores lecciones para muchos y un antídoto contra vanidades incipientes o recalitrantes». (En fecha del 17-3-74).

EL SEMANARIO «JUVENTUD»

En 1914, poco antes del estallido de la primera guerra europea, surgió en Fuenterrabía un semanario local con el título de «Juventud», fundado y patrocinado por el joven periodista Emilio Navas en estrecha colaboración con el también joven estudiante Pepe Múgica, hijo de don Serapio, esclarecido cronista de la provincia. Eran los tiempos felices en que existía en Ondarribia un buen compañerismo entre muchachos que miraban al porvenir con optimismo. Además de los tres hermanos Múgica, José, Leandro y Gregorio, estaban los Oyarzábal, Antonio, Demetrio y Román; éste último llamado a ser durante muchos años el director del Orfeón Vergarés, con una dedicación tan competente, que sus conciertos, con el acompañamiento de la Orquesta de Bilbao, han hecho época. Los Casadevante y también los hermanos Sagarzazu fueron amigos de Navas, todos ellos llamados a destacarse en arquitectura, poesía, canto y, sobre todo, en un amor entrañable al «txoko», pues todavía hoy la ciudad amurallada continúa siendo un «oasis» de paz en medio de la urbanización descalabrada que ha reducido a la nada las bellezas naturales de nuestra provincia.

Gracias a la simpatía indefectible de D. Rafael Picavea y de D. Toribio Noain, el semanario ondarribiarra salía en la imprenta de «El Pueblo Vasco», de San Sebastián. El primer número vio la luz el 12 de julio de 1914 y en total se publicaron once números que se vendían a cinco céntimos el ejemplar. Recordando los tiempos de su mocedad y sus primeros escauceos periodísticos, D. José Múgica escribía en el número extraordinario de «El Bidasoa» del año 1930, la siguiente página: «En el año 1914, Emilio Navas y yo hicimos en Fuenterrabía un periódico. Se titulaba JUVENTUD y fue el empeño con que nos divertimos durante aquellas vacaciones.

«Había en el periódico secciones para todas clases. Las escribíamos Emilio y yo que, con cinco o seis seudónimos cada uno, aparecíamos en cada sección con nueva y divertida personalidad.

«Fieles a nuestros deseos de contribuir a las mejoras urbanas, abrimos una sección entre los veraneantes asiduos para averiguar qué

reformas eran a su juicio más convenientes. Por el periódico desfilaron las respuestas de los veraneantes de mayor arraigo. Casi todos pedían la electrificación del tranvía de Irún a Fuenterrabía; el ensanche de la carretera del Faro desde el Peñón Cantábrico hasta Arroka; la construcción desde Arroka hasta Saindua, de otra carretera; la edificación de un gran hotel; el mejoramiento de las condiciones higiénicas del pueblo... (recuerdo que los hermanos Alvarez Quintero hablaban graciosamente de una charca de ranas que había en la playa frente a su casa).

«Han pasado diez y seis años. Casi todas las mejoras pedidas por aquellos ilustres veraneantes están realizadas. Electrificado el tranvía a Irún; ensanche de la carretera del Peñón a Arroka; construida la de Arroka a Saindua; Olegario Jáuregui ha hecho un hotel; Juanito Jáuregui ha mejorado notablemente el suyo; la sociedad «Progreso» levanta en el ensanche uno magnífico. Las condiciones higiénicas del pueblo han mejorado extraordinariamente; se ha acometido la obra de los ensanches; se ha planteado —con previsión laudabilísima que no tuvieron Madrid ni San Sebastián— la urbanización de los extrarradios. Hay más alumbrado, más escuelas...

«A todo esto ha vencido con buen gusto la iniciativa oficial y la particular, por el tesón del Ayuntamiento y un alcalde que han sabido ver el porvenir de la ciudad.»

Ese alcalde que supo serlo en bien exclusivo de su pueblo y que tan pocos imitadores ha tenido, se llamaba Francisco de Sagarzazu, hermano del poeta *Satarka*, tantas veces laureado.

En varios números del semanario sale a relucir el nombre de don Javier Ugarte, quien, como ministro de Gobernación que fue, apoyó varios proyectos favorables a Fuenterrabía, donde se le ha erigido un monumento recordatorio como benefactor de la ciudad. En el primer número de «Juventud» apareció un soneto escrito por el señor ministro, expresión de su apego por Ondarribia donde habitualmente veraneaba:

*Una vez más a tu risueña playa
vengo en demanda de apacible asilo,
una vez más de mi vivir tranquilo
eres faro, trinchera y atalaya...*

La razón por la cuál el periódico local desapareció después de un trimestre de publicación, fue que los comercios de Hendaya que se

anunciaban y cotizaban en el semanario, debido a las dificultades creadas por la guerra dejaron de hacerlo. Buena parte del público de Irún y Fuenterrabía se surtía en ciertos comercios de Hendaya y el trasiego a través del río se hacía en lancha: en Irún por el vado de Santiago y en Fuenterrabía entre la Alameda y la Rue du Port.

Al evocar el embarcadero de Irún, Luis de Uranzu recuerda los nombres de Joshekin, Juan Bautista Ugarte y Venancio Garbizu, «los cuales, con sus botes chatos, hacían el va y ven de una orilla a otra. En casa de la Cashimira guardaban los remos y estobos de los que tenían embarcación propia. Había esbeltas lanchas, como la «Joven Juanita» y la «Churruca». El punto de Venancio era la metereología. Miraba al Jaizkíbel o bien al Larrún y nos decía: «No está muy seguro. Tardará en llover algo. Podeis salir para volver para las seis».

LA PRIMERA GUERRA EUROPEA

Con las siguientes líneas don Emilio Navas determina las repercusiones del conflicto bélico en nuestras zonas fronterizas: «El 28 de junio se perpetró el asesinato de los Archiduques de Austria, origen de la Gran Guerra. En Hendaya el 1.º de agosto anunciaron al vecindario la movilización, la cual alcanzó a 900 hombres. Por la noche dos bandas de música recorrieron la villa tocando la Marsellesa. El 3 de agosto se declaró la guerra contra Alemania y el domingo siguiente, día 2, se suspendió todo servicio de viajeros y mercancías en la línea del Midi, y el gobierno francés prohibió el paso de vehículos por Behobia. Los bélicos acontecimientos conmovieron a los vecindarios de toda la zona fronteriza. En Hendaya muchas mujeres sollozaban; y no era para menos; presentían la tragedia. Era alcalde de la villa francesa el doctor Camino; presidente del Sindicato de Iniciativas, M. Martinet, y vicepresidente, M. Pardo. En octubre, el subprefecto de Bayona ordenó que, a partir de las 6 de la tarde no se permitiría el paso libre. Luego hubo que proveerse de pasaporte. Los vecinos de esos pueblos fronterizos pudieron utilizar salvoconductos especiales, avalados por los alcaldes y el Consulado francés».

Una de las primeras víctimas conocidas en nuestro ambiente, fue el joven hermano de Pepita Claverie, esposa del que fue gran deportista irunés Manolo Arocena. En la parte francesa de Behobia, al coincidir la movilización con la «refête» de las fiestas locales, las de Santiago, algunos jóvenes eran llamados a filas mientras se dedicaban a bailar el «quadrille», entonces muy en boga.

En Irún, al igual que en todo el territorio nacional, hubo partidarios de los dos bandos beligerantes, aunque prevalecieron los aliadófilos. A pesar de ello, la presencia en Irún del líder radical Alejandro Lerroxx, promovió un fuerte altercado callejero: cuando el político salía con sus dos acompañantes del Hotel Palace para montar en el automóvil que había de conducirles a San Sebastián, los manifestantes les arrojaron vasos, sillas y cuantos objetos hallaron a su alcance en el contiguo café «El Boliche». Pocos días antes Lerroxx había hecho unas declaraciones al periódico parisino «Le Journal», abogando por la entrada de España en el conflicto armado a favor de Francia e Inglaterra.

En marzo de 1915, o sea, el segundo año de la guerra, se abrió al tránsito de peatones y carruajes el puente internacional de Irún. Se calcula que en ese primer mes pasaron por el nuevo puente 21.340 personas. Para ese movimiento internacional se mantuvo el horario desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche. El régimen definitivo de los pasaportes se estableció el 27 de diciembre de 1915, acompañado de una hoja de visado en cada viaje por el cónsul de Francia en España, a excepción de los habitantes de Irún y Fuenterrabía, para los cuales siguió el régimen de los «pases fronterizos».

La playa de Ondarraitz ofrecía durante los años de guerra un aspecto desolador. Además de que los chalets se hallaban desiertos, el gran hotel Eskualduna se había convertido en hospital de sangre y se veía en las terrazas a no pocos heridos, con sus vendas, recostados en sus «chaises-longues» o bien paseando dando el brazo a las enfermeras.

Ante el monumento erigido a las víctimas del pueblo en la iglesia de Biriatu, Miguel de Unamuno compuso unos versos en memoria de los que *pasaron como pasan por el roble / las hojas que arrebató la primavera / pedrisco intempestivo; / pasasteis, hijos de mi raza noble / vestida el alma de infantil euskera; / pasasteis al archivo / de mármol funeral de una iglesiuca / que en regazo recogido y verde / del Pirineo vasco / al tibio sol del monte se acurruca...* No sospechaba el buen don Miguel, al pensar en los muertos de Biriatu, que él, a su vez, iba a conocer otro episodio sangriento más cruel, con caracteres de lucha fratricida y que, al no poder sobrellevar el peso de la tragedia, iba a exhalar el último suspiro mientras pretendía conversar con un amigo alrededor de la llama, atrozmente simbólica, de un brasero...

Un episodio que conmovió a toda la población de ambas márgenes

nes del Bidasoa fue la que señala don Emilio en una de sus crónicas y consistió en el fusilamiento en territorio francés de Nicolás Calvo, vecino de Irún. Fue ejecutado con otros dos súbditos españoles, acusados de intervenir a favor de los alemanes por dedicarse a señalar los convoyes de barcos españoles que se formaban a la altura de San Juan de Luz, con fines de abastecer a los aliados. Resultó conmovedor ver a la desventurada esposa del condenado acompañando a la imagen de la Dolorosa durante la procesión de Viernes Santos, por las calles de Irún, pidiendo clemencia para su marido, lo cual no dejaron de hacer el Ayuntamiento de Irún, la Diputación de Guipúzcoa y el mismo rey Alfonso XIII, cuya magnanimidad durante la gran guerra a favor de los prisioneros y heridos es sobradamente conocida y constituye una página muy ejemplar de su reinado.

Recuerda don Emilio el final de la hecatombe europea, que fue anunciado a la población irunesa con la intervención de la banda de música que inopinadamente se puso a interpretar la «Marsellesa» en la plaza de San Juan. El Ayuntamiento irunés en pleno, con el pueblo en masa, se trasladó a Hendaya para asociarse al júbilo general. Si la banda municipal se encargó de amenizar el ambiente hendayés, la charanga «La Popular» hizo otro tanto en Behobie y Biriatu, durante las horas del día y parte de la noche. El domingo siguiente al armisticio, el Municipio de Irún invitó a un banquete al de Hendaya en el Hotel Palace, donde a la sazón se servían suculentos menús. Fue en sumo grado un acto de confraternidad, ya que todo el vecindario de Irún se hallaba engalanado como en un día de fiesta muy popular. Los dos municipios se pusieron de acuerdo para solicitar la apertura permanente de la frontera, así como la supresión de los pasaportes; esto último no pudo conseguirse, ya que los gobiernos mantuvieron ese régimen de control, de modo definitivo, sin dejar de ir aumentando progresivamente los costes del documento...

SECRETARIO DEL AYUNTAMIENTO DE OYARZUN

Durante los cuatro años que duró el conflicto europeo, el joven oficial del concejo de Ondarribia no perdía el tiempo, ya que, además de conseguir enviar sus crónicas habituales a «El Pueblo Vasco» de San Sebastián, estudiaba por libre el bachillerato, haciendo dos años en uno, replegándose más de una vez, en víspera de exámenes en el convento de los Sagrados Corazones de Amute, a fin de poder dedicar las máximas horas del día y de la noche al estudio de las asignaturas que le apremiaban. Y ya cuando hubo que cubrir la plaza de secretario

del Municipio de Oyarzun, consiguió tal nombramiento por la unanimidad de los miembros del Ayuntamiento.

Siendo como ha sido y es don Emilio de una actividad desbordante, además de cumplir en Oyarzun sus obligaciones administrativas y de continuar enviando a la prensa donostiarra sus crónicas habituales, cursó por libre la carrera de Derecho. Este dominio personal no resultaba tan fácil como pudiera creerse en un ambiente donde no escaseaban excelentes sidrerías y siempre existía el pretexto de tener que acudir a una de ellas para inaugurar una nueva «kupela». El número de clientes en las sidrerías solía ser crecido y las rondas se sucedían sin cesar, mientras unos jugaban a la «toca» y otros esperaban el momento de despachar una *apari-merienda* o se acercaban, en zonas del Bidasoa, para ver si aparecía en las mallas de la red algún hermoso *izoki* (salmón).

Las crónicas periodísticas del secretario de Oyarzun no se limitaban a los asuntos de interés local, sino que abarcaban también a las localidades de Irún y Fuenterrabía, sin dejar de darles un sesgo social en defensa de los intereses de las clases populares. Nunca lo hizo encajillándose en ningún partido o bandería, sino manteniendo la libertad de espíritu necesaria para poder defender con pleno desinterés las justas reivindicaciones.

Recuerda el señor Navas el primer acto social que tuvo lugar en la iglesia parroquial de Fuenterrabía, en cuya organización tomó parte principal y en el cual intervinieron D. Esteban Bilbao, D. Vicente Laffitte, D. José Urreta, D. Juan Bautista Larreta y D. Gregorio Múgica, estos dos últimos en lengua euskara. Luego hubieron de repetirse actos semejantes en San Sebastián y otras poblaciones guipuzcoanas. Al referirse a su buen amigo de mocedad, D. Gregorio Múgica, suele decir D. Emilio que nunca oyó a nadie expresarse en euskera como sabía hacerlo él, con una precisión y galanura propias de quien, desde la cuna, había adquirido un dominio pleno de la lengua de sus mayores. La muerte prematura de D. Gregorio fue una pérdida irreparable para todo el país vasco. Así lo consignó a su debido tiempo Alcibar, y los tiempos tan desconcertantes que vivimos le han dado plena razón...

En Oyarzun tuvo el joven secretario la oportunidad de tratar muy de cerca con D. Rafael Picavea quien, por ser nativo de la villa, había construido un hermoso chalet, donde pasaba cortas pero frecuentes temporadas de descanso. Una de las magnas iniciativas, siempre generosas, de D. Rafael, fue costear por su cuenta el hermoso monumento

erigido al Padre Mendiburu. En esa ocasión se celebró en Oyarzun un homenaje en honor de su ilustre hijo don Rafael Picavea, en fecha del 6 de agosto de 1922. A ese homenaje se adhirió el Ayuntamiento de Irún que envió una representación presidida por el alcalde señor Rodríguez y de la que formaban parte los señores Berástegui, Figuerido y Pedrós. El principal acto consistió en la inauguración de la estatua levantada al insigne oyarzuarra Padre Mendiburu, de la Compañía de Jesús, cuyo monumento fue costeado por el propio señor Picavea y ejecutado por el escultor irunés D. Julio Echeandía. El alcalde de Oyarzun, señor Aguinagalde, entregó a don Rafael una artística placa con su nombramiento de «Hijo Predilecto del Valle». El monumento fue bendecido por el presbítero don Juan Zaragüeta, catedrático de Filosofía en la Universidad de Madrid. Y en la carta de gratitud remitida al Ayuntamiento de Irún por el señor Picavea, hacía constar que en Irún, desde su infancia, se había formado para «la lucha por la vida».

De la actuación de D. Emilio en el Ayuntamiento de Oyarzun cabe destacar su decisiva intervención en la ejecución de la carretera de Arragua al barrio de Alcívar, cuyo proyecto, al llegar al poder el general Primo de Rivera y quedar disueltos los Ayuntamientos, pasó por momentos difíciles y hasta de posible desestimiento de ejecución. También hubo de intervenir en la gestión de compra del terreno donde había de instalarse la estatua del P. Mendiburu, así como en el traslado de ésta, de Irún a Oyarzun, por encontrarse en el domicilio del escultor señor Echeandía, su ejecutor.

Del «picaveísmo» como movimiento político cabe decir que en ningún momento respondía a una ideología, sino que venía a ser una actuación en defensa noble y resuelta de los intereses guipuzcoanos, sea desde las columnas de «El Pueblo Vasco», sea desde las Cortes o el Senado de Madrid, donde hubo de actuar don Rafael en repetidas ocasiones. En las elecciones para diputados, en 1903, obtuvo en Irún 628 votos y en Fuenterrabía 678, con una ventaja muy marcada sobre sus otros dos contrincantes. Se solía presentar a las elecciones como «independiente» y en Irún su más decidido partidario fue don Martín Michelena que ostentó repetidas veces el cargo de concejal de la Corporación municipal.

SEGUNDA EPOCA DE «EL BIDASOA»

Ya antes de mediados del siglo pasado se comenzó en Irún a publicar semanarios locales que no tuvieron larga vida, pero que volvían

a renacer con el empeño loable de aunar sentimientos colectivos y defender intereses en pro de la villa. Algunos de esos periódicos llevaban nombres pomposos, como «El Faro de los Pirineos» (1840); «El Imparcial Telegráfico» (1854); «La Elegancia y el Figurín» y también «El Omnibus de Irún» (1879). Ya con un apelativo más sencillo y escueto, en 1880, se publicó «El Bidasoa» en la imprenta de D. Bernardo Valverde, antiguo voluntario del «Cuerpo de la Libertad» (liberal). Como es lógico, este semanario conoció altibajos de diverso orden, pero Alcívar (D. Rafael) solía decir que sus primeras armas periodísticas y literarias las había efectuado en dicho semanario irunés.

La iniciativa para que surgiera nuevamente «El Bidasoa», en su segunda época, partió de un ilustre donostiarra, afincado en Irún como médico cirujano y director del Hospital Municipal, don Victoriano Juaristi. Con un reducido grupo de colaboradores apareció el primer número en fecha de 5 de septiembre de 1914. En ese primer número, con el título de *¿Se puede?*, se hacía la siguiente declaración: «No hablaremos de política, ni hablaremos de moral ni de filosofía. Hablaremos de ti y de nosotros, de los afectos e intereses que todos tenemos de nuestra región». Se trataba, al decir de D. Emilio, de «una publicación modesta pero ágil, de lectura agradable, seria y humorística a la vez, redactada por plumas garbosas. Prestó especial atención a la cuenca del Bidasoa. En uno de los números de septiembre, Pío Baroja —cuyos inicios en la literatura fueron bastante penosos— comenzó la publicación de una *Pequeña Historia de Vera*».

Entre los colaboradores de «El Bidasoa», además del incondicional doctor Juaristi y el no menos asiduo don Emilio Navas, cabe citar los nombres de Alfonso Morales Miota (con sus crónicas galantes y su buena dosis de humor), Carlos Indart, Isidoro Navarro, Luis Arenzana, Javier Esteban Indart, Ignacio y Miguel Bergareche, Baldomero Martínez, Francisco Sagarzazu, Rafael Arruti, José Elizalde (destacado comentarista deportivo con el seudónimo de *Ostikolari*). Luego hubieron de intervenir jóvenes colaboradores, de la nueva generación: Juan Jesús Ponte Picavea, José Michelena, Alfonso Berástegui, Ernesto y Antonio de la Serna (ambos directores de «El Bidasoa» en momentos distintos, siendo Antonio a la vez corresponsal de «La Voz de Guipúzcoa»).

De la *Monografía* del señor Navas se podrían entresacar de cada uno de los citados colaboradores del semanario local, datos de interés, inspirados siempre en sentimientos de la más noble amistad. Por ejemplo, al referirse a Alfonso Morales Miota, en ocasión de su falleci-

miento, acaecido en junio de 1934, se place en destacar «el celo y espíritu de justicia y equidad, con que supo desempeñar sus funciones de Juez Municipal insustituible», a la vez que cita el testimonio de su amigo Pedro Mourlane Michelena: «Decir Alfonso era en Irún decir cortesía y era decir fidelidad y adhesión entrañable a su pueblo... El bien de los bienes era la juventud que llega de lejos a mí mente para decir adiós a Morales, que no ha muerto del todo. Irún sabrá retenerlo en su espíritu junto a sí y dará a una de sus calles el nombre de quien le amó y sirvió largamente».

De Mourlane también hubiera podido decirse lo que él atribuía a su amigo, pues, aunque residente, primero en Bilbao y luego en Madrid, nunca dejó de expresar su gran apego al *txoko* natal. Siendo colaborador de «El Sol» y habiendo merecido un gran homenaje de parte de un grupo nutrido de intelectuales encabezados por Miguel de Unamuno, enviaba de vez en cuando escritos sabrosos a «El Bidasoa», por ejemplo, sobre el «Olentzero», con puntos de vista de erudita originalidad. Escribió también una serie de «Estampas bidasotarras», de tiempos pasados, evocadas por un buen conocedor de la historia, el folklore y la literatura de nuestras zonas. Recordamos una conferencia suya «Guía apasionada de Irún». Conocía las publicaciones poéticas vascas y sabía enjuiciarlas «con afecto y sin acrimonia», según palabras del catedrático don Luis Michelena: «Es grato pensar que le fue dado ver alguno de los "días no usados antes" que pedía en el Congreso de Estudios Vascos de Oñate, en 1918, cuando formó parte, el año 1931, del jurado que tuvo el acierto de reconocer la pureza lírica de la poesía de Xabier de Lizardi. Más todavía: ¿No hay un eco de Mourlane en la Canción del vasco viajero, buscador como él de nuevas estrellas en nuevas latitudes, del malogrado tolosano?».

Del doctor Juaristi, durante sus años de residencia en Irún, cabe decir que gozó de merecido prestigio. Fue una personalidad benemérita como director del Hospital y también como intelectual humanista que luego, durante su permanencia en Pamplona, hubo de afianzarse en el campo del arte y la arqueología, siempre en bien del país. Por su brillante actuación en las oposiciones para la cátedra de cirugía de San-Carlos, de Madrid, sus compañeros de «El Bidasoa» le obsequiaron, como homenaje de intimidad, con un ágape bien servido en Hendaya, al cual asistió Pío Baroja, con algunos *Txapelaundis* bidasotarras. Conviene señalar que también en San Sebastián el Colegio Médico de Guipúzcoa ofreció a don Victoriano un agasajo, al cual se sumaron más de sesenta compañeros suyos de profesión, procedentes de distintos puntos de la provincia.

Una sección interesante, propia de «El Bidasoa» de la segunda época, fue la «Galería de iruneses», y también de irunesas, ya que la inauguración de tal galería correspondió a doña Luisa Gal de Echeandía, madre de un hijo ilustre, muy querido y respetado, don Salvador, fundador de la «Casa Gal», de Madrid, y donador a la Misericordia de Irún del campo de deportes actual que lleva su nombre.

DIRECTOR DE «EL BIDASOA»

La estancia de don Emilio Navas, en Oyarzun, desde 1918 hasta 1924, fue para él, a no dudarlo, una experiencia de primer orden para luego poder ocupar el cargo de secretario del Ayuntamiento de Irún en las mejores condiciones, ya que a esa experiencia se añadía su perfecto conocimiento de las leyes, gracias a sus estudios de abogacía. Acercarse nuevamente a orillas del Bidasoa y volver a encontrarse con sus amigos de niñez y mocedad, ya en edad madura, tan sólo podía implicar para él alicientes de calidad. Si a ello se añade su matrimonio con una señorita de pura estirpe irunesa, María Gorostarzu, nos encontramos con una personalidad dispuesta a afincarse en su tierra natal, sin ánimo de cambio en el espacio, pero movido por ansias de superación que hubo de traducirse, no sólo en su carrera administrativa efectuada con la máxima competencia, sino también en su vocación periodística, lo cual pudo llevar a feliz término durante su actuación como Director de «El Bidasoa» en su tercera época, desde 1946 hasta 1962.

Sobra decir que los años de nuestra guerra civil y los que le siguieron, tuvieron que representar para el ejercicio del cargo de secretario municipal, dificultades tanto mayores cuanto que se trataba de una ciudad que debía rehacerse totalmente, a partir de una situación ruinoso física y moralmente. Gracias a su entrega incondicional al trabajo y a su pericia administrativa, los nuevos ediles pudieron contar con un colaborador muy competente, para el cual contaba sobre todo el porvenir y el bienestar de su pueblo. Así vemos que, ante una insinuación de don José Berruezo, don Emilio comienza a colaborar en «El Diario Vasco», de San Sebastián, con unas crónicas locales que menudearon hasta el punto de que, bajo el epígrafe de «El Bidasoa», aparecía una crónica suya casi cada día. Para el público irunés el hecho de hallar eco a sus aspiraciones y problemas en una colaboración tan asidua, por parte de quien se hallaba en las mejores condiciones para darlos a conocer, fue un aliciente de primer orden.

Y ya cuando en 1946 hubo que intentar crear nuevamente un ór-

gano de expresión local con miras a aunar sentimientos e ilusiones de un pueblo que sólo ansiaba una nueva era de entendimiento general, se recurrió a los buenos oficios del señor Navas, quien, a pesar de sus múltiples ocupaciones, se prestó a ello con un desinterés y una nobleza dignos del mayor encomio.

Al hacerse cargo de «El Bidasoa», en su tercera época, vemos que el semanario adquiere un valor excepcional, si se tiene en cuenta que, sin dejar de lado el señalar las noticias que pasan y tienen un interés momentáneo, toda la primera plana del semanario iba dedicada a temas de cultura auténtica, de manera que quienquiera se aplicase a alguna disciplina de orden intelectual, tuviera la oportunidad de desplegar sus facultades en condiciones apropiadas.

De hecho, esa participación aplicada y asidua de parte de unos cuantos colaboradores en torno a la personalidad de don Emilio, pudo rebasar los límites aparentes de las columnas del semanario, y así vimos cómo Luis de Urazu, al cabo de varios años de investigación detenida, daba a conocer dos obras prestigiosas: *Lo que el río vio* y *Un pueblo en la frontera*. Aunque con el nombre de Javier Esteban Indart no se haya publicado ningún volumen, su permanente y muy valiosa colaboración en «El Bidasoa», merece ser recogida en uno o dos tomos, ya que sus trabajos de primera mano, elaborados con datos recogidos en la Biblioteca Nacional de París, son de gran interés para la historia de Irún y demás pueblos de la cuenca del Bidasoa.

Con el seudónimo de Ayalde, Antonio Valverde fue un entusiasta colaborador del semanario local. Con ello se situaba en la trayectoria de su familia, ya que su abuelo Bernardo Valverde fue quien inició la publicación de «El Bidasoa» en su primera época, y en la tercera época cabe reconocer que sí, en un principio, el semanario se componía en la imprenta de Rogelio Fernández, ya en los últimos años, sobre todo para los números extraordinarios de los Sanmarciales, las gráficas Valverde de San Sebastián se pusieron a la entera disposición del periódico irunés. Toda la aplicación artística y afectiva de nuestro recordado amigo fue poca para realzar las hojas de una publicación a la cual se sentía íntimamente ligado. En ellas comenzó a dar a la estampa sus ensayos de *euskaldun berri*, que luego con el título de *Ibar ixilean* hubieron de traducirse en un volumen que, al igual que su otro libro en castellano *Con fondo de txistu*, ponen muy de manifiesto su gran sensibilidad de artista. Su residencia en Oyarzun, siempre tan acogedora para sus amigos, fue, en todo momento, lugar de inspiración privilegiada para su obra literaria y artística.

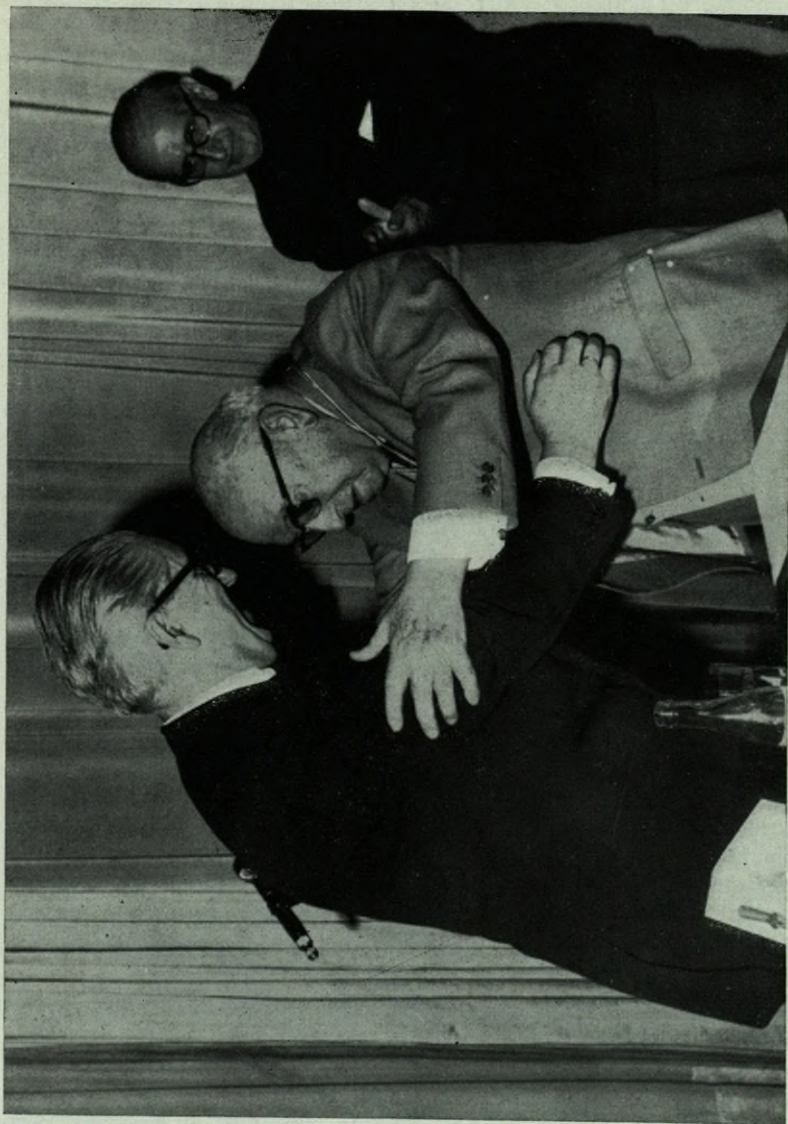
A José de Arteche, que nunca regateó su colaboración entusiasta en los números de «El Bidasoa», le debemos páginas de encendido lirismo, evocadoras de sus años mozos transcurridos a orillas de nuestro río, en que se sentía tan enamorado de nuestro paisaje como de su Marichu. No pocos de sus bosquejos literarios se refieren a personajes iruneses, sobre todo a nuestros mejores pintores, pues él también en su mocedad sentía inclinación por el manejo de los pinceles, sin prescindir de la pluma, que es la que prevaleció.

Don Manuel de Lecuona, maestro consumado en el campo de la cultura vasca y colaborador del semanario irunés, nos ha proporcionado una obra, *Del Oyarzun antiguo*, es decir todo el valle que abarcaba hasta las márgenes del Bidasoa. Sus numerosas noticias, arrancando desde la prehistoria, son de un interés incuestionable para el conocimiento de episodios y formas de vida y diversión que se desvanecieron.

Recientemente se hizo en Irún la presentación de la obra póstuma de don Leonardo Urteaga, antiguo coadjutor de la parroquia de Nuestra Señora del Juncal, cuyo título es *Guía sentimental del Bidasoa*. Además de poner de manifiesto la fina sensibilidad del autor, la obra encierra gran número de textos de escritores irundarras que a su debido tiempo, en las columnas de «El Bidasoa», publicaron ensayos que don Leonardo ha sabido oportunamente utilizar.

Que don Emilio, como director del semanario irunés, fue el gran animador cerca de quienes, valiéndose de su periódico, se hallaban en disposición de ejercitarse en alguna de las ramas de la cultura vasca, me corresponde dar plenamente fe de ello, y con todo mi reconocimiento. Y es que si en 1965 pude optar por uno de los temas señalados por la Villa de Lequeitio en el concurso abierto para honrar el centenario del nacimiento de don Resurrección María de Azkue, fue gracias a mis seis años de colaboración en las hojas de nuestro semanario local. Si conseguí el galardón ofrecido por la Diputación Foral de Navarra y luego mi trabajo apareció en San Sebastián con el título de *La mentalidad popular vasca, según R. M. de Azkue*, fue gracias al apoyo que en todo momento recibí de don Emilio Navas, de la manera más incondicional y cordial.

En su actuación como director de «El Bidasoa», don Emilio siguió la norma de no darse directamente a conocer en sus escritos de redacción u otros dedicados a destacar méritos reconocidos, como, por ejemplo, el de María Teresa Hernández Usobiaga, fundadora y directora del «Coro Maitea», o también el de doña Prudencia Arbide, benemérita



El Presidente de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, don Juan Ramón de Urquijo, imponiendo a don Emilio Navas la Medalla de miembro de dicha Sociedad.

fundadora del Colegio «El Pilar». Gracias a su munificencia, pudo levantarse un hermoso centro de enseñanza femenina en la colina de Arrasketa, dotándole de terrenos que comprenden una extensión de diez mil metros cuadrados y cuyo coste, en 1925, excedió el millón de pesetas. Para dar a conocer cualquier efemérides de interés local y, sobre todo, enaltecer a las personalidades acreedoras del reconocimiento general de la población irunesa, la pluma de don Emilio estuvo muy alerta, expresión de un alma en todo momento abierta al bien común de su terruño natal.

NUMEROS ESPECIALES DE LOS SANMARCIALES

La obra maestra periodística en su proyección cultural, de parte de don Emilio, vinieron a ser los números extraordinarios de «El Bidasoa» que, por iniciativa e intervención suyas, se publicaban en ocasión de las fiestas locales de San Pedro y San Marcial. Quienes hayan hojeado esas publicaciones habrán quedado maravillados por el formato, la paginación, la calidad del papel, la abundancia de dibujos, grabados y fotografías en negro y en color que con profusión aparecen. En cuanto a los colaboradores, se comprueba que en cada número rebasan ampliamente el medio centenar, la mayoría de la provincia de Guipúzcoa, pero también de Vizcaya, como don Carlos González Echegaray, y del otro lado del Bidasoa, cuales el erudito René Cuzacq, recientemente fallecido, Philippe Veyrin, de tan feliz recordación, y Jacques Descheemaker, quien prestaba su colaboración incluso en los números dominicales del semanario irunés.

Además de los colaboradores habituales del semanario, en el Sumario de los extraordinarios se destacan firmas de tanto prestigio como las de Fausto Arocena, Justo Gárate, Luis Michelena, Manuel de Lecuona, J. M. Busca Isusi, M. Ciriquíain Gaiztarro, José Berruezo, José Luis Banús Aguirre, José Múgica, Angel Irigaray, etc. Artículos y poesías en euskera no podían faltar, ni tampoco la gentileza femenina en escritos firmados por María Luisa Zulaica y sobre todo María Elena Arizmendi de Iribarren, consagrada en su magna obra *Vascos y Trajes* como una investigadora y escritora de la máxima calidad.

Si el Alarde de San Marcial lo constituyen cada año las numerosas compañías que desfilan por las calles de Irún con sus gallardos soldados y oficiales y sus encantadoras cantineras, los números excepcionales de «El Bidasoa», publicados en esas fiestas locales, vinieron a ser un alarde cultural, cuyo general en jefe, sin fajín ni bicornio, pero con un alma grande y una voluntad a toda prueba, fue don Emilio

Navas. Debido a ello, nuestro inolvidable amigo Joshé Arteche, en uno de sus momentos de entusiasmo pudo decir: «Para mí, "El Bidasoa" debería ser el semanario de las inquietudes de Guipúzcoa. Hay que ir pensando en ello». A su vez, Miguel Pelay Orozco, escritor donostiarra de fina sensibilidad, en sus *Cuadernos de un solitario*, no dejó de consignar lo siguiente: «Irún es también la única ciudad vasca que posee un semanario de larga vida... Más que un hebdomadario de aire provinciano, suele convertirse no pocas veces en revista literaria de altos vuelos, en la que colaboran las plumas más renombradas del país».

De hecho, en la intención callada pero firme de don Emilio, el conseguir aunar tan valiosas colaboraciones en su proyección festiva anual, venía a ser el establecer las bases de una publicación que rebasara por mucho los límites geográficos, culturales y espirituales de la ciudad de Irún. Cabe decir que en esos momentos del año se sentía, como buen bidasotarra, plenamente guipuzcoano y euskaldun. Su sueño era dar testimonio de sus sentimientos más íntimos en su forma más amplia y pura, cual es la aproximación de las inteligencias y los corazones en una obra de honda significación moral y cultural.

Esa nobilísima idea la expuso el señor Navas de una manera nítida, con el estilo conciso de un auténtico escritor que no admite forma alguna de falsa elocuencia y menos aun el menor atisbo de disimulación:

«REVISTA GUIPUZCOANA»: No se vea presunción en estas líneas; las dicta la cortesía que debemos a los lectores de EL BIDASOA y a los amigos que nos acompañan en esta empresa de ofrecer a los primeros el ya tradicional número en que festejamos la efemérides sanmarcialera.

«En más de una ocasión se nos ha insinuado que pudiera ser EL BIDASOA el germen de una publicación de mayor entidad que, ampliando su radio de acción, abarcase el ámbito guipuzcoano, agrupando en la provincia a cuantos sienten inquietudes artístico-literarias y les preocupan los problemas vitales frente a los cuales no pueden ni deben mostrarse indiferentes los hombres del día. Si en estos momentos nos hacemos eco de su sugerencia, es porque el extraordinario de EL BIDASOA viene a ser como un exponente de los valores que pudieran constituir el cuerpo y la mente de esa publicación que se echa de menos en la provincia y pudiera realizar una gran obra de divulgación cultural. No lo hacemos, desde luego, con ánimo de exploración ni con la pretensión de desarrollar una idea que está viva en más de una conciencia preocupada por la atonía de gran parte de

la opinión de nuestro pueblo, que quizá haya perdido, en zonas más o menos extensas, el hábito de pensar al entregarse a pasatiempos que siendo excelentes practicados a la medida, no lo son cuando se abusa de ellos, y contribuyen a enervar el alma de los pueblos, hoy más que nunca necesitados de formación espiritual y agilidad mental.

«No es tal nuestro propósito; conocemos bien nuestras limitaciones y las dificultades que ofrece el desarrollo de una iniciativa tan honrosa y a la vez necesaria; pero no podemos ocultar que la contemplación de éste y otros números anteriores nos anticipan la impresión de lo que pudiera ser una publicación movida por una ambición mayor que la nuestra, ambición que reputamos legítima y que no necesita de extensas explicaciones que la fundamenten».

A continuación dedica don Emilio unas líneas que sean «un estimulante para quienes puedan encontrarse en circunstancias que les permitan acometer la empresa cultural a que aludimos», es decir, la creación de un órgano de alcance guipuzcoano, «para que se escuchen las voces armonizadas de los escritores más representativos en una obra de conjunto, con notas acordes e incluso disonantes, orientación y opiniones dispares, pero que encajen en un esfuerzo común».

Este pluralismo ideológico, fundamento esencial del verdadero humanismo, es lo que el señor Navas considera como «una obra de indudable utilidad para los fines culturales del país y para encauzar las inquietudes de la juventud, en una hora en que tanto preocupan las reacciones y el destino de las nuevas generaciones».

«Tales son los votos que hace EL BIDASOA al ofrecer a sus lectores el número extraordinario de este año de 1961, y al testimoniar públicamente su cordial gratitud a los amigos que han colaborado para su publicación, a quienes debe tantas atenciones».

Lo menos que puede decirse al leer detenidamente esas líneas de don Emilio que acabamos de transcribir, es que fueron dictadas por una de las almas más nobles que hayan podido abrirse en bien de los demás en nuestro suelo. Si el esfuerzo en vista de proporcionar a nuestro pueblo una publicación de alta calidad fue tenaz durante cerca de dos décadas, como quien se desentiende de sus propios méritos, sólo sabe expresar palabras de reconocimiento para los que, de muy buen grado, no hicimos más que remitirle cierto número de trabajos escritos. Y si el lucimiento fue para los que vimos nuestras firmas en los artículos remitidos, ¿de quién fue la intervención resuelta, cuajada de desvelos y sacrificios, sino de la persona que calladamente, como la Pro-

videncia en el mundo, persigue fines que luego se palpan y admiran en sus resultados?

En la biblioteca del hermoso castillo de Aragorri, en Ondarraitz, se lee en grandes caracteres esta frase euskérica que fue el santo y seña de toda la vida laboriosa del prestigioso Antoine d'Abbadie d'Arrast: *Naiz Yainkoa berez Langille ona izan, nahi du gizona bere lankide izaitea*; lo cual viene a decir que, aunque Dios sea por sí un excelente Creador, quiere que el hombre colabore en la obra de la Creación. El auténtico *Langille* de «El Bidasoa», en su tercera época, en sus números semanales y en sus extraordinarios de cada año, fue don Emilio Navas. Alrededor de él los demás no fuimos más que sus *lankideak*; *bañan, auxe bai, kidekoak biotz biotzetik*.

EL EUSKERA EN «EL BIDASOA»

En el número extraordinario de 1960, con el título de *Vascuence en EL BIDASOA*, se pudo leer un artículo firmado por Rojas Leiva quien, muy complacidamente, hacía resaltar, entre los méritos de carácter literario, artístico y cultural del semanario irunés, otro de no menor importancia que «si ha pasado inadvertido al público en general, es para mí de los que mayor consideración merece, y es el haber dado y sigue dando cabida en sus páginas al vascuence... A este lado de los Pirineos es el único semanario que habitualmente publica trabajos en euskera, manteniendo así encendida la antorcha de la lengua vernácula».

Dice el autor del escrito que ese hecho se halla ligado «a la orientación del periódico que siempre, en su amplitud de criterio, alentó la publicación en vascuence, y al señor Ayalde, promotor y primero en publicar un artículo en euskera, en esta tercera época del semanario irunés». Se place el señor Rojas Leiva en señalar los trabajos euskéricos que Ayalde, a partir de 1955, fue publicando, ante todo, *Baserri bakartia*, una balada vasca con su correspondiente traducción castellana; luego, en cuatro números del semanario (500, 502, 503, 505), *Arrats gorri*, recuerdos de la contienda civil, y poco después en otros tres números consecutivos (510, 511, 512), con el título de *Arditurri Meatzetan*, sus impresiones después de varias visitas a las entrañas del mazo de Oyarzun.

Ese mismo año de 1955, un joven estudioso irunés, entusiasta de nuestra vieja lengua, iniciaba en el semanario la publicación del «Vocabulario del euskera de Irún», y, además, tenía a gala dar a conocer

fragmentos euskéricos de Gregorio Múgica, con su correspondiente versión castellana. Luego hubo de iniciar la traducción euskérica de *Platero y yo*, esfuerzo que los lectores de «El Bidasoa» sabíamos apreciar en su valía.

En el número extraordinario del año 1955, tres poetas se destacan con sus respectivas composiciones: Baxurko, con *Amets bat*, Bordari, con *San Marcial eguna* y Basarri con *Irun'i maitasun oparoz*.

Y ya, en el número 519, del 23 de julio de 1955, señala el señor Rojas Leiva la presencia, en la palestra bidasotarra «del infatigable Bitaño que desde esa fecha ha seguido hasta hoy realizando una labor meritísima». Publicó una serie de trabajos euskéricos, así como una invitación al estudio de la lengua vernácula con el título de *Euskara ikasi bear degu*.

A la vez que la de Bitaño, la colaboración de *Satarka* resultó incondicional en beneficio de «El Bidasoa», donde ya en 1946, con el seudónimo de *Sagarlore*, daba a conocer su primer poema. Otro gran poeta ondarribitarra, *Bordari*, ha sido un asiduo colaborador euskérico de nuestro periódico local, y refiriéndose a todos ellos, Rojas Leiva les dirige las siguientes palabras de aliento: «A los que con valentía y cariño pusieron sus almas en la empresa de expresarse en vascuence en sus trabajos literarios, en esta revista del más bello rincón del mundo, nuestro agradecimiento y enhorabuena».

En el extraordinario de 1960 apareció bajo el seudónimo de Bitaño un artículo sustancioso con el título: *Bidasotar euskal-idazleak guda-osteko elerti edo literaturan*. Ante todo advierte que su trabajo equivale a un esfuerzo muy condensado de lo que podría constituir todo un libro, debido a la abundancia de datos que tiene recogidos. Se complace en elogiar la novela *Izartxo*, escrita por un sacerdote irunés, José Manuel Estomba: *Gure txokotik atera dan izar berri bat piztu zaigu Euskal-Eleritan: jaiotzez irundarra dan eta orain Ameriketari mixiolari dagon apaiza*.

El caso de J. Loidi, afincado desde largo tiempo en Irún, es también de interés, como autor de la primera novela policíaca escrita en euskera: *Amabost egun Urgainean*. En cuanto a Juan Basurko, *erritar olerkari azkarra*, si antes de nuestra guerra era tan sólo conocido a orillas del Bidasoa, ya después, gracias a sus hermosos poemas de inspiración religiosa, su prestigio alcanzó al país vasco en su conjunto: *Bidaso aldean bakarrik zan ezagutua aurretik, baiña azken urteetan argitaratu zituan olerki eta poemaen bidez Euskalerrri guztian ezagutua da bere izena*.

Al hacer la nómina de los colaboradores euskéricos del semanario irunés, Bitaña cita los nombres, o seudónimos, de Satarka, Bordari, Ayalde, Basurko, Aldabe, Artola, Pagogaña, Lekuona, Lazkoz, éste último cura párroco de Ciga, quien, con suma delicadeza, colaboró en las hojas de «El Bidasoa», sobre temas que, partiendo de los pueblos del valle de Baztán, interesaban a toda la cuenca del Bidasoa.

No deja de señalar Bitaña, aunque de modo muy escueto, la labor que los Padres Capuchinos de Amute realizaron, a su debido tiempo, a favor del euskera, a través de *Zeruko Argia* y de *Pan-Pin*, en colaboración con otros centros pedagógicos de Lecároz y Pamplona. A su vez, los Hermanos de La Salle, de Irún, se dedicaron a publicar una hoja mensual *Nora?*, con miras a fomentar el aprendizaje del euskera entre los jóvenes. En Lesaca, policopiado, apareció, en bilingüe, *Artzai-Deya*, y en Arizkun, también en euskera y castellano, *Alkartasuna*.

Con esas indicaciones, Bitaña sólo pretende demostrar que en todos los pueblos de la cuenca de nuestro río, ha existido y existe una preocupación por el resurgir de nuestra lengua vernácula, y que en ese quehacer nobilísimo «El Bidasoa», gracias a su prestigioso director, supo estar en el puesto de vanguardia que le correspondía.

IRUN EN EL SIGLO XX

Al rebasar los setenta años, don Emilio sintió que podía ser conveniente el dejar la dirección del semanario local en manos de personas más jóvenes, con la ilusión de que sabrían continuar su obra con el sesgo ampliamente humano y cultural que él supo imprimir a la publicación irunesa. Pero los hechos demostraron, en ese caso como en tantos otros, que el entusiasmo juvenil representa bastante menos que la experiencia de una larga vida centrada en el desinterés absoluto.

Toda la labor periodística de don Emilio, desde sus crónicas precoces enviadas a la prensa donostiarra, cuando contaba diez y seis años, ha sido localista, centrada exclusivamente en su apego incondicional a las zonas de Irún, Fuenterrabía, Hendaya y Oyarzun. Ello hace que en plena justicia quede consagrado como caballero del antiguo Valle de Oarso y prócer indiscutible del periodismo bidasotarra. Al considerarle como tal, no lo hacemos únicamente movidos por el acendrado afecto que le profesamos, ni con el ánimo de restar méritos muy reconocidos a otros hijos del Bidasoa, como maestros que fueron en el campo del periodismo y de las letras. Los nombres de Francisco Grandmontagne Otaegui, Pedro Murlane Michelena, Juan de la Cruz Oloriz,

Eladio Esparza, Isidoro Fagoaga, Manuel Aznar, Aureliano López Becerra, son más que merecedores de nuestra plena admiración. Mas es preciso reconocer que todos ellos hicieron su carrera periodística, con derivaciones notorias en la literatura, la política y la diplomacia, lejos de nuestras zonas bidasotarras y que su contribución a los problemas e intereses locales tan sólo pudo ser muy esporádica, aunque nunca regatearon su abierta cordialidad por el lugar de su nacimiento y su simpatía a toda prueba por sus coterráneos.

En el caso de don Emilio Navas, en cambio, nos hallamos ante una personalidad para la cual, en el desempeño de su vocación de escritor y director de periódico, nuestra ciudad y su entorno han sido «todo» a lo largo de su ejemplar existencia. Si a ello se añade que, habiendo tenido su vida y la de los suyos bien asegurada gracias a los puestos de responsabilidad que supo ocupar en los municipios de Fuenterrabía, Oyarzun e Irún, sólo cabe reconocer que su actuación ininterrumpida en tareas periodísticas respondía en él a una vocación inspirada por la más noble de las virtudes, cual es la generosidad; en esa necesidad innata de querer hacer por los demás lo que nunca se exige para sí mismo: *non ministrari, sed ministrare*, según reza el adagio evangélico.

Pero se da el caso casi inconcebible que, habiendo superado los ochenta años, con una lucidez mental a toda prueba, don Emilio sabe obsequiarnos con una *Monografía* ampliamente documentada e ilustrada acerca de la vida social de Irún en lo que va de siglo, desde 1900 hasta 1975, con una suma de datos concernientes a personas y hechos concretos, cuyo discernimiento y redacción ha representado un trabajo ímprobo. Es evidente que nos hallamos ante el caso asombroso de un esfuerzo tenaz realizado por quien, en una edad muy avanzada, no ceja en expresar su entrega mental y cordial a su tierra natal, objeto de sus amores.

Hasta el presente se ha publicado el primer volumen de la obra que vendrá a ser una trilogía sobre *Irún en el siglo XX*. Si este primer tomo abarca los datos que interesan al desarrollo de la vida irunesa desde 1900 hasta 1936, el segundo tomo, a partir de esta última fecha, alcanzará hasta 1959, y el tercero, desde 1959 hasta 1975.

El primer libro que tenemos ya entre manos nos evoca tiempos de la «belle Epoque», exceptuando los años de la primera guerra europea, en que, con una población reducida a exactas proporciones, todos se conocían y prevalecía en el ambiente una sana camaradería, sin que por ello no hubiera divergencias en las ideologías, pero siempre en el

marco del respeto absoluto a la integridad de las personas. Luego, con el drama de nuestra guerra civil, la situación de Irún quedó reducida casi a la nada, debido a la proximidad de los frentes y al incendio que hubo de sufrir. El segundo tomo reflejará ese momento histórico de gran calamidad, a la vez que la segunda parte de ese tomo y todo el tercero irán dedicados a la recuperación y al resurgir de nuestra ciudad. En esta rápida prosperidad del Irún de la postguerra, hay que reconocer que en gran parte fue debida a la supresión de la «zona fiscal» y a las posibilidades que ello trajo para el desarrollo industrial muy favorable para la economía local.

El distinguido director gerente de la «Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones», don Juan Antonio Garmendia Elósegui, artífice del libro del señor Navas, pudo muy bien decir, en el acto de presentación de la obra, que éste «equivale a un archivo viviente de la reciente historia del País, apretado de hechos gozosos unas veces, penosos otras, pero siempre interesantes porque han configurado en gran parte nuestro presente». El señor Garmendia tuvo la atención de leer el texto euskérico de Santiago Aizarna, escritor oyarzuarra de indudable valía, dedicado al trabajo de don Emilio; ese artículo de Aizarna apareció la víspera de la presentación del libro, en «El Diario Vasco», de San Sebastián. Y ya cuando don Juan Antonio se refiere a la personalidad del cronista irunés, declara complacidamente: «Quienes hemos tenido la suerte y el honor de tratarle a lo largo de la edición de la presente obra, bien podemos hablar de su gran calidad personal, de su caballerosidad, de su hombría de bien, de su competencia y generosidad».

Don Nicolás Lasarte Arana, con su presencia al acto, respaldó amablemente al homenajeado, como patrocinador principal de la obra publicada, siendo como es director general de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, institución benemérita que, juntamente con la R.S.B. de Amigos del País, promueve muy directamente cuantas obras de alcance cultural y artístico representan un avance espiritual para Guipúzcoa y todo el País Vasco.

No faltó al acto don Juan Ramón de Urquijo, director de la susodicha institución de «Amigos del País», habiéndose desplazado desde Bilbao por varios motivos que señaló en su intervención verbal. Ante todo, para reconocer los méritos de una larga vida como la del señor Navas, centrada en la misión de informar y dar testimonio de los valores humanos entrañados en la actuación de un número crecido de conterráneos suyos. Luego añadió que en el ambiente irunés se sentía muy gustoso, y ello por otras dos razones: debido al entronque de los

Urquijo de Bilbao, con los Olazabal, de Irún, gracias al matrimonio de su tío don Julio con una hija de don Tirso, señor de Arbelaz. La ilustre dama irunesa, doña Vicenta de Olazabal, supo ser la dignísima esposa del prestigioso fundador y director de *Eusko Ikaskuntza*, la «Sociedad Internacional de Estudios Vascos», institución máxima, durante varias décadas, en el campo de la erudición sobre lengua y cultura vascas, imposible de igualar por quienes no reúnan las condiciones morales, intelectuales, y también económicas, del prócer vizcaíno.

Otra razón por la cual don Juan Ramón manifestaba su contento por haber venido a Irún, era que, habiendo sido colegial de Lecároz durante los años de bachillerato, había tenido excelentes amigos iruneses y recordaba con emoción los nombres de los Bergareche, Icardo, Iribarren, Maya, Cucullu y otros más. Eran los tiempos en que en el campo de Amute se daban partidos de fútbol de la mejor calidad, y el haber acudido más de una vez a presenciarlos suscitaba en su memoria gratos recuerdos, toda vez que entre los partidarios del Athletic de Bilbao y el Real Unión de Irún, hubo una correspondencia de simpatías que distan mucho de haber desaparecido en nuestros días.

Don Emilio se sintió muy conmovido cuando el señor Urquijo, en nombre de la prestigiosa institución fundada por los Caballeritos de Azcoitia, le impuso la medalla con el nombramiento de socio supernumerario de la misma.

En mi intervención personal como conterráneo de don Emilio y antiguo colaborador de «El Bidasoa», puse de relieve la valía espiritual de quien en toda su actuación periodística y en esa suma inagotable de noticias que implica su *Trilogía*, priva sobre todo la conciencia lúcida de que en las comunicaciones humanas, según palabras del Padre Teilhard de Chardin, *Il faut absorber le mal dans un excès de fidélité, car il n'y a qu'un seul contact irrésistible pour attirer et pour unir, c'est celui de tout l'homme avec tout l'homme.*

Esa fue la norma que presidió a la vida de entrega del señor Navas, a su doble tarea de administrativo municipal y de periodista bidasotarra, y así lo reconoció el numeroso público que asistió al acto en homenaje a quien ha constituido y constituye en nuestra ciudad toda una institución.

Las palabras del señor Navas al cerrar el acto, fueron las del gran trabajador que no se rinde en su tarea, ni siquiera bajo el peso de los años. Su gran ilusión radica en la publicación de los otros dos volúmenes, y nuestro mejor deseo es que, gracias a los mil cuidados que

con tanto esmero y cariño le prodigan sus hijos, pueda ver cumplida esa ilusión, con la gran satisfacción moral de haber sido el gran artífice del periodismo bidasotarra, a costa de una tranquilidad y un reposo bien merecidos.

El capítulo final del primer libro va dedicado a Behobia, con el interés que representan los datos que suministra, sobre todo para quienes nacimos, a principios de siglo, muy cerca de la isla de los Faisanes. Eran unos tiempos dichosos en que circulábamos por ambas orillas del río —el lezón (*lobizune*)— sin trabas de ningún género. Las dos Behobias eran como un solo pueblo, hasta el punto de que no había más iglesia que la de *Pausua* (Behobie) y la escuela a que acudíamos en este lado de la frontera, estaba regentada por religiosas francesas, de las Hijas de la Cruz. Barajábamos las tres lenguas sin dificultad, sin poder determinar en qué momento las aprendimos, pues desde la cuna comenzamos a oírlas y luego balbucearlas con idéntico deleite.

La delicadeza de don Emilio, al cerrar las páginas de su primer libro sobre *Irún siglo XX*, se cifra en recordar a «una delicada flor humana, malograda prematuramente, después de descubrirnos los tesoros de su alma, puro poema de frágil envolura física; se llamó Juncal Labandibar, nombre entrañable para los iruneses. La perdimos pronto; fue en marzo de 1951; tenía 27 años cuando su alma voló a los luceros...». Varios escritores notorios se han inclinado ante esa figura femenina quien, «sentada en un banco de piedra al borde del Bidasoa, le habló como a un amigo», al decir de Luis de Uránzu. Ella amaba tanto la música como la poesía, mejor dicho, no concebía la una sin la otra, y don Emilio reproduce dos poemas suyos dedicados, uno, *A la Música*, y otro al *Claro de Luna*, de Beethoven.

Pero a Juncaltxo le debemos otra pieza, la que evoca «el camino de Behobia, aunque con trazos un poco desdibujados. La poetisa se nos aparece introvertida hacia un paisaje íntimo, sin dejar por ello de resaltar la aguja de la ermita de Guadalupe, haciendo horizonte sobre la cumbre del Jaizkibel, la cuadrada y maciza torre de Behobia vasco-francesa, el hosco misterio del cercano Puente partido en barras que imponen su pesadumbre al paisaje» (1). El poema pertenece a los tiempos todavía cercanos en que nuestros montes y también los

(1) Ver el ensayo tan delicado de José de Arceche: *La poetisa de Behobia* en su libro *¡Portar bien!*... Ed. Icharopena, 1957.

árboles de nuestra isla, podían mirarse en la corriente del río sin que nada ni nadie los hubiera desfigurado en lo más mínimo:

*Quietud. Quietud y silencio.
Ni un gorjeo entre las ramas
ni una súplica en el viento
ni una canción en el río:
En los espacios, ¡un eco!
En el fondo, montes, montes,
casas y árboles espesos.
El verde se ha derramado
en sus matices diversos.
A un lado, el rígido puente.
La torre que llama al rezo.
Al otro, la quieta ermita
sobre el Jaizkibel inmenso.
La isla de los Faisanes,
que cavila sola, en medio,
la barca de un pescador
que yace en lánguido sueño.
Quietud. Quietud y silencio.*

Lo que don Emilio, con sobrada amabilidad, haya podido decir acerca del autor de estas páginas, las acepto en el marco de una voluntad de paz para nuestro pueblo, para toda Euskalerrria, pero de una paz definitiva y total que, por vocación, incumbe a cualquier bidasotarra bien nacido. Y es que no basta decir y repetir que, en su segunda vuelta al país, Iparragirre nos brindó el cantar tan emotivo del *Ara nun diran mendi matiak/ ara nun diran zelaiak/ baserri eder zuri zuriak/ iturri eta ibaiak/*. El sentimiento íntimo de Joshe Mari, al arribar a las riberas de nuestro río, no era simplemente bucólico, por mucho que se extasiara ante el paisaje que divisaba desde Hendaya. En ese cantar, la antepenúltima estrofa revela su deseo de ofrecer, en bien de su tierra natal, todo su ser, su cuerpo y su alma:

*Zuregatikan emango nuke
pozik, bai, nere biziya,
beti zuretzat ill arteraño
gorputz eta arima guziya.*

Cuando nuestro bardo hacía esa ofrenda de su vida antes de atravesar el río, sabía que iba a pisar un suelo recientemente ensangren-

tado por una segunda guerra fratricida, guerra, al decir de Menéndez y Pelayo, «como de tribus salvajes lanzadas al campo en las edades primitivas de la historia, guerra de exterminio y asolamiento, de degüello y de venganzas atroces...». Y entonces, más que nunca, resuelto a predicar el evangelio de la paz, recorre nuestro río, desde Irún hasta Elizondo, sin más bagage que su guitarra, y de pueblo en pueblo va cantando, no ya el *Gernikako Arbola*, sino lo que ante los miembros del *Batzarre* de Elizondo, piensa proclamar como una exigencia divina, el amor mutuo entre los vascos, dispuestos, de una vez para siempre, a darse la mano, en signo de definitiva amistad:

*Elizondoko ibar luzean
Egontza eder batean
Amoriorzko batasunean
Ikusi ditugu pakean;
Euskaldun onak esku emanik
Jaungoikoaren aurrean
Diotela: emen gaude baturik
Iur maitearen onean.*

Y luego, cuando encomia la reunión de Elizondo donde representantes de las cuatro provincias vascas, superando todo lo malo que implica cualquier forma de enfrentamiento, se mostraron partidarios de un auténtico entendimiento cordial, vuelve a cantar con un renuevo de ilusión:

*Nafarren bide onak
Gaur Laurak-batean
Da artu bear dana
Errien onean:
Euskaldun on guztiak
Betiko pakean
Ez dugu nai gudarik
Anayen artean.*

Ese espíritu de paz y de concordia general, es el que ha pertenecido de lleno a la actuación de don Emilio Navas en toda su actuación periodística, desde sus diez y seis años hasta los ochenta y seis actuales en que, de lleno, se ve entregado a la publicación de su magna obra *Irún siglo XX*. Todos cuantos colaboramos alrededor de la insigne figura de nuestro querido director, nos hemos beneficiado de ese ascendiente espiritual suyo que, ni más ni menos, es el que nos legó una de las

almas más puras que han vivido y cantado en nuestra tierra, cual fue la de Iparraguirre. Nunca se podrá hallar en las hojas de «El Bidasoa», en su tercera época ni en los números extraordinarios, ni una sola palabra que desdiga de una moral de unanimidad, de concordia e incluso de alegría general. Tanto en los artículos escritos en lengua castellana, como en las numerosas poesías que ilustran las páginas de nuestro semanario, se percibe siempre la presencia de un irundarrismo y de un bidasotarrismo sano, pulcro, equilibrado, que acepta y proclama el valor de la convivencia como el don más preciado que puede alcanzarse entre humanos en la tierra.

Terminaremos estas páginas dedicadas a quien merecidamente le debemos tanto afecto como veneración, con un pequeño poema euskerico que con el seudónimo de «Pagogaña» se publicó en las hojas de «El Bidasoa». En él aparece la figura de Yoanes Eroa que, solitario empedernido, vivía en una chabola malamente construida entre las ruinas de Gaztelu-zar, la antigua fortificación que defendía el vado del Bidasoa por Behobia. Cada mañana, cuando salía de su escondrijo, la única plegaria suya mirando al cielo, invocando a San Miguel, era que desapareciese entre los hombres toda forma de enemistad y así la Tierra entera quedaría purificada. Un día, al salir de su casucha, cayó sobre su cabeza una piedra que le derribó mortalmente herido; entonces, postrado en tierra, Yoanes que nada tenía de loco, sino que era un santo, ofreció el sacrificio de su vida por la reconciliación y el «alkartasuna» definitivo de todos los vascos:

*Yakin gabe noiztik
Bidasoari so
Illun zaude etzanik
Betari ezin jo;
Nunnai zabaldurik
Sasiak estalki
Sugea txistuka
Eguzkian nagi.*

*Gau-giro danean
Alai ta betargi
Itzaleen artean
Nabaitzen oi dira
urrats apalgarri:
Gaztelu zarreko
Yoanes eroak
Bere txabolatik*

irten-ta atarean:
«Atoz, bai, zerutiar
Zaindaria Mikel,
Etzaikeri oro
Suntzitu itzazu,
Gure Lur osoa,
Otoi, berri zazu».

Bein, barna sartzean
Ormako arria
Erori zitzaion
Burura gañean.
Pozik aguriak
Goruntz begira-ta:
«Zorioneko unea!
Or zauden Donea
Ar nere gogoa,
Bañan bein betiko
Euki On-bidean
Gure Euskalerria».